

hoy, y como hoy, la casualidad me puso delante de este hijo tuyo. Aquella misma noche, no te olvides de ello, tu hijo fué llevado al palacio de la Marche para ser disciplinado en castigo de las faltas que cometiera el niño duque Juan...

—¡Es verdad!—murmuró Pacífico,—¡es verdad!

Y Juan repetía:

—¡Sí, es verdad!

La duquesa Isabel sentía que se le escapaba el alma.

—Yo hubiera podido matarle—continuó Tarchino,—y tal vez esta idea cruzó por mi imaginación; pero tú te habías llevado á Juan de Armagnac para lanzarle contra nosotros el día que se presentara propicio, y yo no ignoraba con qué objeto habías grabado en el pecho del niño el escudo de su casa. Díjeme entonces: habrá dos niños y dos escudos. El hijo del hombre que nos ha burlado vivirá para ser un obstáculo que se oponga á los proyectos de su padre; vivirá para ser el enemigo mortal de Juan de Armagnac; vivirá... ¿Pero á qué gastar tantas palabras? En esto que acabo de referir, tú me reconoces: ¿no es verdad, hermano Pacífico, que soy el mismo de siempre?

—Sí—murmuró el preceptor:—te reconozco.

—Pues bien—repuso el italiano arrollando el salvoconducto y metiéndolo en su seno, con la mayor tranquilidad:—si dentro de un cuarto de hora no sé el paradero de Juan de Armagnac, tu hijo y tu hija serán sacrificados ante tus propios ojos.

La duquesa Isabel exhaló un débil gemido, y la Amapola hubo de sostenerla en sus brazos.

## VII

### MISTERIOS DEL CORAZÓN

Sin decir una palabra más, Vincencio Tarchino se había retirado con toda su gente.

Apenas hubo cruzado el dintel de la puerta, pudieron oirse sus gemidos, motivados por el atroz sufrimiento que le torturaba. Apenas tuvo tiempo para volver á entrar en el cuarto donde el sabio Anibal Cola le había hecho la primera cura. El esfuerzo que acababa de imponerse habíale exasperado más y más la fiebre que le abrasaba; empezaron de nuevo las convulsiones, y los soldados viéronle retorcerse en el lecho del dolor, exhalando gritos de rabia. En medio de las blasfemias que vomitaba su boca, llamaba de vez en cuando en su ayuda á maese Anibal; pero maese Anibal no se presentaba.

Vincencio decía:

—¡Sufro atrocmente! Es imposible que haya tormentos semejantes en el infierno; pero no es llegada mi última hora, no: esto es la crisis, ¡la crisis que ha de restituirme la fuerza y la salud!

Y trataba de leer sus destinos en los semblantes consternados de sus compañeros.

Por la parte de afuera, había sucedido la calma al estrépito de la batalla, y el sol se elevaba radiante y sin nubes. Eran, á lo más, las nueve de la mañana.

En medio del silencio, púdose oír, en la dirección de la puerta Bucy, un toque de clarín; luego una voz lenta y monótona que prometía pingüe recompensa, en nombre del rey y de monseñor el duque de Orleans, al que supiera descubrir el paradero del joven Juan de Armagnac y de la duquesa su madre.

Era éste el último esfuerzo intentado por Luis de Orleans, quien había dado el asalto al castillo de la Marche, sólo por encontrar al salvador del rey Carlos, y ordenado luego una batida y un escrupuloso ojeo por todas las dependencias y cercanías del castillo.

A la otra parte de la puerta vidriera seguía constantemente en pie el pobre hermano Pacífico, en el mismo lugar, en medio de la habitación, inmóvil, con los brazos caídos y la vista extraviada. Juan Moreno y Blanca no se habían movido tampoco. Sólo la tía Amapola prodigaba sus cuidados á la duquesa Isabel, que tenía cerrados los ojos y había perdido la respiración.

Juan Moreno fué el primero en despertar; fuése directamente á Pacífico, y con la decisión de su carácter le dijo:

—Desde que os vi por la primera vez en el mesón de la Urraca, sentí en mi interior algo que me hablaba de un pasado olvidado ya. Lo mismo me sucedió cuando por vez primera también me acerqué al lado de ésta que hasta aquí ha sido conocida por Blanca de Armagnac. Era ciertamente ella quien vivía conmigo en el pobre albergue de Arcueil... y sois vos, de hijo, quien iba á visitarnos cuando los dos éramos aún muy niños.

Dirigió una mirada hacia Blanca, como para tomarla por testigo de la veracidad de sus palabras; pero las pupilas de la joven se mantuvieron caídas, y cierta expresión de amargura anubló la belleza de su semblante.

Ayer era princesa. Ayer le pertenecía la herencia de Armagnac, y suyos eran también el noble castillo, inmensas praderas y dominios incalculables; y aquel que ella amaba, adorábale desde su humildad y pobreza.

Hoy todo se había trocado, y precisamente su amado era Juan de Armagnac, el legítimo señor de su noble abolengo, de sus inmensos dominios y de sus provincias enteras. Y el hombre que le presentaban diciéndole: «éste es tu padre», era un pobre desgraciado cuya historia conocían todos los servidores de la Marche; el infeliz hermano Pacífico, mitad sabio, mitad loco, que dos días antes había sido paseado en triunfo por los jardines del rey Salomón, con una sotana raída en el cuerpo y un cucurucho de nigromante en la cabeza.

Blanca caía de demasiado alto, y su grandeza perdida estaba aún demasiado cerca de ella. Su corazón era presa de un desvanecimiento que la cegaba del todo.

Pero aún había algo más extraordinario y más imprevisto que la vacilación de aquella joven, precipitada de repente del pináculo de los honores al más humilde grado de la escala social; y este *algo* era la insensibilidad del hermano Pacífico en presencia de sus dos hijos tan queridos y tan llorados.

¡Los dos hijos de Marion, su amada mujer!

Sus ojos, que parecía no veían nada, vagaban extraviados en el vacío; hubiérase dicho que no había oído las palabras de Juan Moreno.

—¡Padre!—exclamó el pobre joven,—¿en qué pensáis? ¡Vive Dios que no tenemos tiempo para soñar á estas horas! El bandido de Vincencio nos ha dado quince minutos para hacer nuestras reflexiones, y oigo que está aullando en su cama como un endemoniado. Abrazad, pues, á vuestro hijo, que se considera tan dichoso como si fuerais un caballero ó un rey.

Hablaba así, con toda sencillez, el pobre Juan Moreno; el excelente muchacho que, sin embargo, había acariciado también sus ilusiones y sus sueños desvanecidos hoy. ¡Cuántas veces le había dado

que pensar aquel nobilísimo escudo que llevaba en el pecho! Pero Juan supo apreciar lo que valía el corazón sublime de Pacífico, y como pertenecía al número de los que se resuelven por la primera impresión, no mintió cuando dijo: «¡Estoy contento!»

Parecíale, tan sólo, que Pacífico merecía demasiado este nombre, y que Blanca tardaba mucho en desprenderse de su disfraz de princesa y gran señora.

—¡Soy yo, pues, el único que tiene aquí memoria! —exclamó golpeando el suelo con impaciencia, porque la moderación no era su fuerte.— Conque, padre, ¿no necesitáis para nada á vuestro hijo? ¿Y vos, hermana, os avergonzáis tal vez de vuestro padre y de vuestro hermano?

Una lágrima rodó por la mejilla de Blanca, que fué á colocarse á la derecha del pedagogo, inmóvil y casi petrificado. Ambos hermanos dirigieron una mirada, y luego precipitáronse el uno en brazos del otro, y después elevaron casi al mismo tiempo sus ojos hacia Pacífico, que no les veía.

—¡Sufre! —murmuró Blanca. —¡Pobre padre!

Esta idea no se le había ocurrido al atolondrado paje; pero tan luego como se hizo cargo de ella, cambió su semblante y hasta su modo de ser.

—Tenéis razón, hermana mía —murmuró conmovido profundamente por la primera vez en su vida:—es una hora de horrible angustia ésta que debió ser una hora de felicidad.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los dos jóvenes sintieron que se les oprimía el corazón. Como movidos por un mismo resorte, cayeron los dos de rodillas á entrambos lados del pedagogo, y cada uno de aquellos le tomó una mano para besarla cariñosa y piadosamente.

—Padre—decían—á un tiempo,—aquí tenéis cerca

de vos á vuestros dos hijos, que os piden tan sólo una mirada y una palabra de amor.

Sus voces temblaban suavemente; una expresión de angelical ternura y resignación dibujábase en el rostro encantador de Blanca; la niña deseaba ya pagar con afecto su desvío de pocos minutos antes. Sacudieron nerviosamente los párpados de Pacífico, y sus dedos helados se estremecieron entre las manos de Juan y de Blanca.

—¡Dios los había presentado ante mis ojos! —murmuró;—yo les había visto á mi hijo y á mi hija.

Su mirada se inclinó primero hacia Juan y luego hacia Blanca.

—¡Marion! —dijo con voz desmayada,—¡una plegaria para ellos si estás cerca de Dios!

—¿Es éste el nombre de nuestra madre? —preguntó Blanca.

Inclinóse Pacífico hacia ella para depositar un beso en su frente; pero en aquel instante la Amapola levantó un poco de ruido al lado opuesto de la habitación.

—¡Alabado sea Dios! —dijo.—Por fin vuelve en sí nuestra querida señora.

Un frío glacial heló la medula de los huesos de Pacífico; sus labios tocaban casi la frente de su hija; pero antes de darle el beso deseado, se apartó de ella. Dió una ojeada en dirección de la duquesa Isabel, á quien la Amapola sostenía medio exánime, y acabó por soltar las manos de sus hijos, que tenía entre las suyas.

Gruesas gotas de sudor surcaron sus pómulos enjutos, y su semblante expresó de súbito un sufrimiento tan horrible, que Juan y Blanca se levantaron aterrados.

—¡Todo para los unos y nada para los otros! —murmuró, en tanto que un sollozo convulsivo desgarraba su pecho.

Luego añadió volviendo la cabeza, que procuró ocultar entre las manos:

—¡Marion, esposa mía, una plegaria para ellos!

Un silencio profundo reinaba en el mesón cada vez que por intervalos cesaban los gritos de Tarchino; el cuarto en que se hallaban reunidos nuestros personajes daba, como hemos dicho, al campo, por lo que no es raro que apenas pudieran oír, como un débil eco lejano, la voz del pregonero de armas ofreciendo recompensa á quien descubriera el asilo donde se hubieran refugiado Juan de Armagnac y su madre. Era imposible de todo punto que llegaran á comprender el sentido de estas palabras.

La duquesa Isabel procuraba encontrar la mirada de Pacífico, quien, á su vez, desviaba sus ojos de ella.

—¡Estamos condenados!—dijo á la Amapola.

La mesonera no respondió, porque, reconcentrándose en sí misma, sintió que á pesar de su adhesión, su entusiasmo y su afecto, no llevaría su fidelidad hasta el punto de dar una sola gota de la sangre de su Mireta, aunque de ello dependiera la salvación de los más altos personajes y los más esclarecidos varones del universo.

—¡Acaba de transcurrir medio cuarto de hora!—dijo la duquesa Isabel.

Y la Amapola no pudo dejar de estremecerse considerando la proximidad de la gran catástrofe que se avecinaba.

Tarchino acababa de exhalar un prolongado rugido, al que sucedió un silencio sepulcral. En este momento viéronse brillar dos cascós á través de los cristales de la puerta, y por la parte exterior la vigilancia era igualmente rigurosa, pues lucían á los rayos del sol los cascós de los centinelas que guardaban la ventana. El aposento estaba sitiado por todas partes.

—¿Cuánto tiempo se necesita para ir de aquí á la cabaña del pastor Jaime?—preguntó la duquesa Isabel.

La infortunada madre contaba, en su desesperación, los minutos que separaban á su hijo de la muerte.

La Amapola apartó la cabeza. Pacífico lanzó á la duquesa Isabel una mirada en que había una expresión de odio.

—¿Qué he hecho yo por ellos durante quince años?—murmuró con voz apenas inteligible.—¿Qué porción de mi vida he dado á mis pobres hijos?

La duquesa Isabel inclinó su cabeza; Pacífico fué hacia ella y puso un dedo sobre su hombro.

—A ellos pertenecía mi vida—exclamó,—según la voz de la naturaleza y según la ley de Dios. ¡Mis dos hijos, mi hijo y mi hija, son la carne de mi propia carne! ¿Quién, pues, se interponía entre ellos y yo? ¿Qué maldita fascinación embriagaba mi espíritu y adormecía mi memoria?

Humedeciéronse los ojos de la duquesa Isabel, puesto que, á pesar de la amargura que encerraban estas palabras, la voz de Pacífico era tan dulce y suave como la queja de un niño.

—Vos érais muy desgraciada—repuso,—¡y Marion, mi mujer, os había amado siempre!

Una sonrisa de desolación vagó por sus labios.

—¡Marion!—continuó, bajando más la voz;—¡ella nos ve! ¿Qué dice?

—Dice—exclamó, dejando estallar de improviso toda su cólera,—dice: «¡Es un mal padre!» Y sin vos, señora, ¿podría Marion decir esto? Y dice más: «Los dos hijos que por espacio de quince años tuvo olvidados, se los devuelve Dios sin que él los haya buscado, porque Dios es bueno y misericordioso.» ¡Y todavía está pensativo y taciturno después de tan inesperada dicha! Ni siquiera le han complacido las

tiernas caricias en que había soñado quizá en los intervalos lúcidos, cuando no le dominaba la enajenación, la locura de la fidelidad ciega y estúpida, la locura del vasallo, la locura del siervo.

Fijaba en la duquesa sus ojos ardientes, y la desdichada madre sentía que se le enfriaban los huesos.

La Amapola se alejó algunos pasos movida por un pudor respetuoso; así es que nadie se interponía entre Pacífico y la duquesa Isabel.

Después de un breve silencio, levantóse la dama y dijo con aquella voz dulce, afectuosa y digna que le era habitual:

—Amigo, reconozco que habéis hecho demasiado por nosotros, y que nosotros hemos aceptado demasiado de vos. No os pido ya nada más.

Tomóle la mano y dirigióse en su compañía hacia donde estaban los dos jóvenes.

—Tú eres mi hija—exclamó besando á Blanca en la frente,—pues mi pobre hijo te ama y yo le había prometido ser tu madre.

Tendió luego la mano á Juan Moreno, quien la besó con respeto.

—A vos, que Dios os recompense—prosiguió,—generoso joven. ¿A qué repetiros que mi hijo hubiera sido vuestro amigo y vuestro hermano?

Pacífico escuchaba anonadado, destruído en todo su ser.

—Suceda lo que quiera—concluyó la duquesa con voz casi ahogada por las lágrimas,—¡plegue al cielo que seáis felices! Isabel de Armagnac no tiene en el mundo ningún objeto más querido que vosotros dos, después de su hijo que va á morir y de ese hombre cuya adhesión no puede recompensar ninguna palabra por tierna que sea, vuestro heroico y excelente padre.

Esto dicho, retiróse al otro extremo de la habitación y cayó de rodillas cara á la pared. Siguióla

Pacífico con la mirada, y atrajo luego á sí á sus dos hijos, á quienes estrechó contra su corazón...

Quedaban aún cinco minutos. Pacífico habíase sentado en la cama del herido, colocando á Blanca á su derecha y á Juan Moreno á su izquierda; juntaba las manos de los tres, y miraba sucesivamente á sus dos hijos.

—¿Me amáis, hijos míos?—les decía saboreando sus caricias;—¿me amáis á mí, que no merezco vuestro cariño? Yo no soy como los demás hombres; cae á menudo sobre mi espíritu un velo misterioso, y mi pensamiento no va donde yo quisiera conducirlo. Yo nací en el país de Armagnac. Dicen que el vasallo debe fidelidad á su señor; ¿pero hay que ser fiel hasta el crimen?

Su mano acariciaba los cabellos de Blanca.

—¡Qué hermosa eres, María, hija de mi corazón!—prosiguió diciendo;—porque tú no te llamas Blanca: tú llevas el nombre de María, como tu madre que está en el cielo. No habéis de creerme, hijos míos, cuando os digo que os he olvidado: ¡siempre, siempre he pensado en vosotros!

Y tú, hijo mío—añadió besando la frente del joven soldado,—eres un buen mozo como tu hermana, y tienes la plácida sonrisa de tu madre. El nombre de Juan que esos te han dado, no es el tuyo; tú te llamas Andeol, como tu pobre padre. ¡Abrazadme los dos á un tiempo! ¡Más, más aún! ¡Que yo goce al menos, en estos cortos minutos, todas las delicias de una vida dilatada y llena de felicidad!

María y Andeol cubríanle de besos, sonriendo y llorando á la vez. María no se acordaba ya de haber sido una noble dama, y hasta la misma imagen de Juan Rubio se velaba ante sus ojos. ¡Su padre: ella no podía ver más que á su padre, tan tierno y tan bueno!

Los tres formaban un grupo compacto y apretado, en el borde de aquella cama que hubiera debido recordarles la amenaza terrible de Tarchino; y, sin embargo, no pensaban más que en ellos, y sus sonrisas se comunicaban con feliz y serena calma.

Apenas quedaban cuatro minutos.

—He visto muchos soldados—decía Juan Moreno.—He conocido muchos caballeros indomables y condes y príncipes; pero desde anoche, si yo hubiera tenido que elegir á mi padre, os hubiera elegido á vos sin vacilar.

Blanca agradeció á su hermano estas palabras, y el pobre Pacífico, extasiado, preguntábase si era juguete una vez más de sus quimeras y sus sueños; así es que no podía hacer más que tartamudear: «¡Mis hijos, mis hijos!» y admirar á los dos con pasión y con delirio.

—Hace ya mucho tiempo que os conozco, padre mío—decía Blanca, apoyando su encantadora cabeza en el seno de Pacífico.—Cuando yo era niña, he llorado muchas veces al oír contar la historia de vuestra sublime fidelidad. Yo ignoraba que fuera hija de aquel hombre superior, que sólo había defendido, sin ayuda de nadie, á la viuda y al huérfano, perseguidos por un ejército de verdugos. ¡Bendito sea Dios que me ha hecho hija de tal padre!

Pacífico juntó en un solo beso las cabezas de los dos jóvenes.

—¡Gracias, gracias, Dios mío!—exclamó;—¡aquí están en mis brazos, jóvenes y fuertes los dos! Siento que la vida circula á oleadas por mis venas; no nos separaremos ya nunca, ¡jamás!

Calló, y los corazones agitados de sus hijos latían contra su pecho. Parecíale adivinar los goces de la bienaventuranza. La duquesa Isabel oraba al otro lado del aposento; la Amapola dirigía sus ojos

consternados á la puerta vidriera, y todos guardaban el más religioso silencio.

—¡No queda ya más que un minuto!—dijo la mesonera, que observaba el reloj colocado en la pared de la pieza vecina.

Notóse cierto rumor hacia el lado de donde partían los furiosos aullidos que de vez en cuando exhalaba el italiano.

La Amapola acudió á la duquesa Isabel, que vacilaba casi exánime, y repitió con voz apagada:

—¡Sólo queda ya un minuto!

Pacífico separó de su lado á sus hijos y pasó con lentitud sus manos por la frente.

—¡Sólo un minuto!—repitió á su vez, como si hubiera buscado en vano recoger el sentido de estas palabras.

Miró luego en torno de sí, y podíase notar en su semblante cómo el más agudo dolor iba sucediendo poco á poco al éxtasis sublime del júbilo paternal.

—¡Jesús, Salvador mío!—murmuraba el desdichado,—¿por qué no habéis hecho que yo muriera antes de que mis labios tocaran esa copa de felicidad y de amor?

—Acércate, Andeol, hijo mío,—prosiguió cambiando de acento.

—Acércate, María, hijita. Ya veis cuánto sufre esa pobre señora, y que ya no le quedan fuerzas para rogar á Dios (señalaba con el dedo á la duquesa); Marion, vuestra madre, era la última de sus servidores, y, sin embargo, esa pobre mujer, esa noble princesa, no desdeñaba á vuestra madre Marion. En aquellos tiempos, radiante de juventud, de felicidad, de poder y de arrogancia, la duquesa abrigaba, sin embargo, los sentimientos misericordiosos que atesoran las almas santas. Cuando Marion entregó su alma al Señor, el último nombre que pronunciaron sus labios fué el de la duquesa Isabel,

porque la señora había sido su Providencia en la tierra.

—¡Que Dios se apiade de la que nuestra madre amó!—murmuraban Juan y Blanca

Resonaron pasos en el aposento vecino y oyóse la voz del capitán que gritaba:

—¡Aníbal! ¡Quiero que vayan á buscar á mi primo Aníbal!

Hubo un momento de confusión; luego la voz alterada de Tarchino, semejante al mugido de una hiena, prorrumpió en estas exclamaciones:

—¡Si es que está sonando mi última hora, no me iré del mundo solo y sin compañía.

La hora sonaba, en efecto. A la primera campanada del reloj levantóse la duquesa Isabel cuan alta era, como aquellas somnámbulas que no tienen conciencia de sus movimientos. Cada golpe parecía que daba en la mitad de su corazón. Encaminóse hasta el centro del aposento con paso vacilante é indeciso, y en sus ojos brillaba el siniestro resplandor de la enajenación ó la locura.

Pacífico y la Amapola adelantáronse á su encuentro para impedir que su cuerpo se desplomara sobre el pavimento; pero la duquesa rechazó á la mesonera con un ademán tan horrible, que la pobre mujer se retiró consternada.

—¡Pacífico, Pacífico!—dijo Isabel tomando las dos manos del pedagogo,—estoy en el pleno uso de mi razón y no es el delirio quien dicta mis palabras.—  
¡Escúchame bien!

Bajó la voz y añadió, atrayéndole hacia sí con violencia:

—Tú has acariciado muchas veces un sueño extravagante... yo lo sé, ¡lo sé de fijo!

Toda la sangre de Pacífico se agolpó á su corazón.

—¡Señora!—empezaba á decir.

—¡Cállate! ¡Escucha! ¡Yo, Isabel de Armagnac,

duquesa de Nemours, te juro por mi eterna salvación que, si salvas á mi hijo, seré tu mujer!

Pacífico soltó sus manos. La duquesa no se equivocaba. Pacífico había tenido este sueño, á pesar de su miseria y su humildad; pero en la mirada que dirigió á la señora veíase pintado un sentimiento de profundo horror.

—¡Dios os perdone, señora—murmuró,—el haber querido comprar la conciencia de un pobre hombre! Estos son mis hijos, como Juan de Armagnac lo es vuestro. ¡Dios os perdone, señora!

La duquesa Isabel cayó de rodillas; pero Pacífico esta vez no la levantó.

—La viuda de Armagnac no me ha dicho nada—prosiguió con amarga severidad.—Es preciso que yo, que sueño tan á menudo, haya soñado lo que acabo de oír... Si el día de hoy va seguido de un mañana, no me acordaré más de vuestras palabras, señora.

La duquesa Isabel inclinó la frente hasta tocar el polvo del pavimento de la habitación.

Pacífico volvió al lado de sus hijos, que no habían oído ni una palabra de la anterior escena. Juan y Blanca escuchaban lo que se decía en el aposento inmediato, que ocupaba entonces Tarchino con los suyos.

El italiano gritaba:

—¡No quiero espadas! ¡Vengan hachas!

Al mismo tiempo que su voz, oíase el rechinar de sus dientes de chacal:

—Levántate, Andeol; levántate, María—dijo Pacífico con acento grave y mirada severa.—Andeol, tú has vivido entre caballeros; tú conoces las santas leyes del honor. Si el señor á quien se debe la vida os insulta cruel y atrozmente, ¿se le debe la vida también?

—¡Siempre!—respondió Juan Moreno.

Pacífico respiró holgadamente y dirigió una mirada á la duquesa Isabel, que acababa de insultarle.

—Andeol—añadió poniendo la mano en el hombro de su hijo,—tú conocías á Juan de Armagnac antes de conocerme á mí. No he sido yo quien te ha inducido á amarle.

—¡Yo le quería como á un hermano!—exclamó el joven.

—¡No me interrumpas! Tarchino nos ha otorgado un minuto de tregua, y no nos concederá dos.

—María—continuó apoyando su otra mano trémula en el hombro de la niña y empujándola suavemente hacia su hermano,—Dios ha puesto á Juan de Armagnac en mitad de tu camino; tú le elegiste por prometido cuando te creías una noble dama, y le tenías á él por un pobre abandonado sin nombre y hogar. ¿Le amas, pues, mucho, hija mía?

—¡Más que á mi vida!—respondió la joven.

—No soy yo quien ha hecho esto—murmuro Pacífico, elevando al cielo sus grandes y humedecidos ojos.—Hijos míos, ved la mano del verdugo que está ya abriendo la puerta; vosotros podéis salvar á Juan de Armagnac, muriendo por él.

Juan y Blanca enlazaron sus manos, diciendo á la vez:

—¡Queremos morir por Juan de Armagnac!

Oyólo la duquesa Isabel y dirigióse hacia los dos hermanos, arrastrándose sobre sus rodillas.

La puerta se abrió al fin, y Vincencio Tarchino, cuyo rostro, descompuesto por los estragos del mal, no tenía ya nada de humano, entró en el aposento seguido de tres asesinos armados de afiladas hachas.

—Bueno—exclamó el bandido.—¿Has meditado ya bastante, hermano Pacífico?

Pacífico dió un abrazo á Juan y á Blanca, quienes le oyeron murmurar con punzante amargura

estas palabras, cuyo sentido no les era posible penetrar:

—¡Todo para los unos, nada para los otros!

Luego adelantóse Pacífico hacia Vincencio sin soltar á sus dos hijos. La duquesa Isabel reunió todavía fuerzas bastantes para interponerse entre ellos y sus verdugos.

—¡Piedad!—gritaba.—Vincencio Tarchino, te ofrezco por su vida todo lo que Armagnac posee y puede poseer.

Tarchino se sonrió como deben sonreirse los condenados.

—Su vida está en sus manos—respondió.—¿Dónde se halla Juan de Armagnac?

Pacífico y sus dos hijos guardaron silencio.

—¡Quitad de aquí á esta mujer!—ordenó Tarchino.

Los soldados se apoderaron de la duquesa Isabel, cuyas manos no soltaban los vestidos de la infeliz Blanca.

—¡Mi hija, mi hija!—gritaba.—¡Esta es mi hija!

—¡A despachar pronto!—vociferó Tarchino, dando un rugido en que se mezclaba el horrible dolor que sufría á la rabia embriagadora de la venganza.

Pacífico estrechó á sus dos hijos contra su corazón, y sobre él les rezó en alta voz el *De profundis*.

Los verdugos levantaron sus hachas.

En este momento oyóse un gran ruido en la parte exterior y una voz que gritaba con acento italiano:

—¡Vincencio, primo Vincencio Tarchino!

Reanimóse éste en su vacilante agonía, pues parecía que aguardaba sólo á ver cumplida su venganza para morir. Un rayo de supersticiosa esperanza brilló en sus ojos, pues ni un solo instante había dejado de aguardar á Anibal.

—¡Es él!—murmuró.—¡Por fin ha venido y puede aún salvarme! Corriendo, abrid luego la puerta á mi primo Anibal.

Maese Anibal Cola, pues efectivamente era él, arrojóse hacia el aposento y retrocedió al ver las hachas levantadas; volvióse afuera y gritó cuan alto pudo:

—¡Animo, Monseñor! ¡Aún no es demasiado tarde!

## VIII

### BUEN PARIENTE

Durante el cuarto de hora de gracia concedido á Pacífico para reflexionar, mientras que Tarchino estaba retorciéndose de dolor en su lecho y llamando á grandes gritos á su primo Anibal, este leal pariente y fiel amigo iba regresando al figón del tío Amapola, á paso ceremonioso y nada precipitado.

Pensaba con melancolía en el mal sesgo que iban tomando las cosas, cuando notó que en la carretera real, entre el castillo y la posada, se hallaba un pregonero de armas á caballo, escoltado por varios clarines.

Desde el punto en que se encontraba hubiera podido Anibal oír la voz frenética de su primo que le llamaba; pero al ver que los trompeteros llevaban á los labios sus clarines, maese Anibal continuó su marcha hacia ellos.

—«En nombre del rey—dijo el pregonero de armas cuando cesó el tocar de las trompetas;—en el nombre de monseñor Luis, duque de Orleans, se promete buena recompensa á quien quiera que sea que descubra el paradero de Juan de Armagnac y de la duquesa Isabel, su madre.»

Paróse en el acto maese Anibal, como si le bulle-  
ra alguna idea en la imaginación. Cuando se hubie-  
ron alejado el pregonero y sus satélites, el charla-  
tán pudo oír muy clara y distintamente, á través de

las ventanas del mesón, los lamentos desesperados de Tarchino.

Anibal Cola hizo como el perro de la fábula: echó á correr cuanto pudo, y consiguió alcanzar al pregonero de armas.

—¡Quiero ganar la recompensa!—dijo:—acompañenme á la presencia de monseñor Luis de Orleans.

—Seguidnos, pues, maestro—le respondió el pregonero.

Pero no debía traerle esto cuenta á Anibal, por cuanto saltó á la grupa del caballo, gritando con voz imperiosa:

—¡A todo escape si es que queréis salvar la vida del joven duque y la de su madre!

Las espuelas del pregonero de armas tocaron los flancos de su corcel, y algunos minutos después llegaban todos al interior del torreón que defendía la puerta Bucy.

En un reducido aposento de forma circular, alumbrado por dos aspilleras, hallábase Luis de Orleans rendido de fatiga y sentado en un escabel; cerca del duque, dormía Jerónimo Ripail tendido sobre el desnudo suelo, con la cabeza apoyada en la muralla.

A la vista del pregonero, incorporóse Luis de Orleans.

—¿Me traes alguna noticia?—preguntó con gran solicitud.

—Aquí traigo un hombre que quiere ganar la recompensa, Monseñor,—respondió el pregonero.

Notábase ciertamente una especie de desorden en el traje, de ordinario magistral y pomposo, del más afamado de los barberos; pero este desorden podía pasar muy bien por una muestra de arte después de un día de batalla.

—¡Habla! ¿Qué es lo que sabes?—preguntóle desde lejos el duque Luis.

—Monseñor—respondió Aníbal, haciendo un saludo elegante;—sé todo lo que deseáis saber.

—¡Habla, pues!—replicó el duque, que por naturaleza no era sufrido.

Maese Aníbal marcó en su labio una sonrisa llena de dignidad.

—Perdóneme, Monseñor—dijo componiendo los pliegues de su capa;—antes de hablar, páreceme justo que yo sepa cuál es la recompensa prometida.

Luis de Orleans frunció el ceño y respondió bruscamente:

—¡Cien nobles de oro!

Aníbal irguió su magnífica cabeza de figurín.

—Monseñor me ha tomado por otro,—murmuró con el acento de un hombre ofendido.

—¡Escucha!—dijo el duque de Orleans, cuya voz empezaba á temblar de cólera:—te doy doscientos nobles si hablas en seguida; pero si no hablas inmediatamente, te mando ahorcar en el acto.

Maese Aníbal no se desconcertó; su sonrisa volvióse más suave.

—No me había equivocado—dijo;—Monseñor me toma por otro. Yo soy, conviene que Monseñor lo sepa, el célebre Aníbal Cola, de la rama de los señores de Calvi en el país de Capua. En Nápoles os dirán cuán grande es el poder de mi ilustre familia...

—¡Jerónimo!—interrumpió el duque con violencia.

Levantóse sobresaltado Ripail, y tiró al acaso de su espada, sin frotarse siquiera los ojos cerrados por el sueño.

Maese Aníbal Cola no se había fijado en él; así es que, al verle, una ligera expresión de inquietud nubló su frente; pero supo recobrar en el acto toda su calma habitual.

—Aquí tenéis, precisamente, á un bravo hombre de armas—dijo sin perder su sonrisa,—que podrá servirme de testigo y decir quién soy.

—¿Tú conoces á este charlatán?—preguntó el duque á Jerónimo.

—¡Ya lo creo!—respondió el soldado:—es el barbero de Graville.

—¡Hazle hablar!

Acercóse Jerónimo al italiano, quien tomó un acento más amable.

—Monseñor—dijo,—en el instante en que os estoy hablando, el joven Juan y su madre se hallan entre la vida y la muerte. Si me pusiéreis en el tormento, os faltaría espacio para socorrer al que queréis salvar.

Luis de Orleans vaciló.

—¿Quién, pues, sería capaz de asesinar á un niño y á una mujer?—murmuró el duque.

—Vincencio Tarchino...—empezaba á decir Aníbal Cola.

—¡Por nuestra eterna salvación! Monseñor—exclamó Ripail al oír el nombre del capitán,—¡dad á ese hombre todo lo que os pida!

—Dinos, pues, qué es lo que quieres,—profririó con repugnancia el duque de Orleans.

Porque en tratándose de dar dinero, este príncipe, tan catalleroso siempre, era bastante duro de pelar. Maese Aníbal no abusó de su victoria.

—Me contentaré con mil nobles de oro—respondió,—y, además, el empleo de barbero y perfumista de la corte, cuando vuestra alteza sea rey de Francia.

—¡Rey de Francia!—repitió Luis palideciendo.

—Los que saben leer en los astros pueden hacer esta clase de vaticinios, Monseñor,—replicó maese Aníbal Cola, inclinándose esta vez hasta el suelo.

Un momento después, el duque de Orleans y Jerónimo Ripail, acompañados de Aníbal Cola y seguidos de una docena de lanzas, galopaban á través del prado de San Germán. Maese Aníbal fué el

primero en entrar, como hemos dicho, en el figón del tío Amapola.

Tarchino adivinó en el acto que su pariente no llegaba solo. Aun antes de que Anibal llamara á los que le seguían, Tarchino, ahogado por la rabia, gritaba señalando con el dedo á Juan Moreno:

—¡A ese, que me ha hecho perder la mano derecha! ¡Respondéis con la vida de que al menos éste no se escape!

Los tres soldados, armados de hachas, precipitaronse á la vez sobre Juan Moreno.

Tanto el paje como Pacífico estaban sin armas, porque Vincencio, antes de retirarse la primera vez, había mandado que les quitaran las espadas; toda resistencia era, por lo tanto, imposible, y, sin embargo, Pacífico, cubriendo á su hijo con su cuerpo, opuso sus dos brazos extendidos á la acción de las hachas de los verdugos. Blanca é Isabel habíanse lanzado delante de ellos, y durante un segundo los soldados hubieron de luchar para llegar hasta su víctima.

Bastaba un segundo. Oyóse un fuerte rumor de hierro en la puerta.

—¡Armagnac, Armagnac!—gritó el duque de Orleans, hundiendo de un tajo hasta los hombros el cráneo de un soldado de Tarchino.

Otro cayó también con el pecho atravesado por una estocada del valiente Jerónimo Ripail.

—¡No matéis á éste!—gritó Jerónimo señalando á Vincencio;—éste ha de ser ahorcado y colgado.

Tarchino había hecho un supremo esfuerzo para levantar su espada; permanecía allí trémulo y lívido, con los labios llenos de espuma y los ojos cegados por la rabia. Los hombres de armas de Orleans obedecieron la orden de Jerónimo. Fué la mano de Dios la que acabó con Vincencio Tarchino. El italiano cayó en redondo, y sus uñas ensangrentadas

se hundieron convulsivamente en la tierra; sus ojos volviéronse al revés, dentro de sus órbitas; su boca contraída vomitó una blasfemia, que fué la última que salió de aquellos labios, y su cadáver, horrorosamente desfigurado por la convulsión suprema, quedó cubierto de sangre y lodo. No pudo ser colgado sino después de muerto: Ripail lo ató por los pies, suspendiéndolo de la puerta de un establo.

## IX

### LA RECOMPENSA DE PACÍFICO

Según la tradición del país de Armagnac, esta historia tuvo un desenlace bastante original. Este desenlace fué descrito por mí extensamente en las primeras ediciones de este libro, en las cuales se refería que Juan de Armagnac y su madre, uniendo y mezclando los generosos sentimientos de sus corazones grandes y puros, quisieron dar á la adhesión y á la lealtad del pobre Pacífico una recompensa que la sabiduría de los hombres habría juzgado tal vez extravagante.

Dícese, en efecto, en Mirande y sus cercanías, que Juan de Armagnac, duque de Nemours, y la duquesa Isabel, acordándose de la promesa hecha en la hora de un supremo peligro, y teniendo presentes las nobles acciones de Pacífico, incluso la de rechazar indignado la oferta de su señora, brindáronle de común acuerdo con un premio que habría halagado la ambición de los más poderosos varones del reino, es decir, la mano de la viuda de Armagnac.

Dícese también que este premio no fué ofrecido á Pacífico á la callada, sino públicamente y después de un solemne debate, que se verificó en una

grande asamblea de familia en la que tomaron asiento los deudos y aliados de Armagnac, como eran Froix d'Albret, Clèves y el mismo Luis de Orleans. En esta misma asamblea de familia, Clèves, viudo y sin hijos, adoptó á la hija de Pacifico, Blanca, quien tomó desde entonces el apellido de Clèves, así como el injerto se identifica con el árbol; por cuya razón pudo, sin que el enlace fuera desigual, llegar á ser esposa de Juan Rubio, coronado ya duque de Nemours.

La leyenda de Mirande añade que el hermano Pacifico rechazó la mano de su señora en la felicidad, lo mismo que la había rechazado en la desgracia.

Tal vez no hemos sabido pintar esta figura que, tras un velo misterioso y en ciertas ocasiones sublime y grotesco, estaba rodeada de una aureola de noble belleza, y en la cual los que á través del pasado buscan los hitos que marcan las etapas recorridas por la humanidad, descubrirían el fulgor de las virtudes y sublimidades cristianas. Esa noble, esa elevada, esa pacífica hermosura que ha sabido trasladar á los lienzos la paleta de los pintores católicos: la hermosura de los santos, la hermosura de los mártires.

La tradición añade, además, que el mismo día del casamiento de Juan de Armagnac con María de Clèves (nuevo nombre de Blanca), Pacifico, despojándose del manto de terciopelo con que se le había ataviado después de la victoria, huyó á Paris vestido con su mísera sotana, y de allí dirigióse á pie, y con un cayado en la mano, á las montañas de Armagnac.

Mucho tiempo necesitó para terminar tan largo viaje, semanas enteras quizá; detúvose todo un día á descansar, sentado y con la cabeza entre sus manos, sobre una piedra tosca, coronada por una cruz,

al pie de la cual estaba grabado el nombre de Marion.

Al anochecer de aquel día llamó con su cayado á la puerta del convento de Mirande, donde entró para no salir nunca más.

La leyenda dice, en fin, que en el año de 1499, la duquesa Isabel, viuda de Nemours, hizo donación al monasterio de San Benito de Mirande de un precioso ataúd de plata. En aquel convento acababa de fallecer un monje llamado Dom Andeol.

Suceso muy modesto, en verdad, para llamar la atención en aquel año afortunado, que vió al duque de Orleans (Luis XII) suceder al enfermizo y débil rey Carlos VIII, y compartir el trono de Francia con Ana de Bretaña, que fué así dos veces reina.

FIN